

viajes  
con  
mi  
tía  
Graham  
Greene



*Viajes con mi tía*, que según el mismo Graham Greene es un libro triste, e incluso trágico, que trata de la muerte y de las diversas actitudes que pueden adoptarse ante ella, es también una novela extraordinariamente cómica, de aventuras a menudo desopilantes.

Henry Pulling, jubilado, soltero, vive dedicado al cultivo de las dalias en un pueblo inglés. El encuentro con la tía Augusta, de 75 años, bebedora, viajera, que se gana la vida en negocios poco claros y que tiene un joven amante negro, trastorna por completo el ordenado sistema de vida de Henry. La tía Augusta revela ante todo a Henry que no es hijo de su madre, y que su padre no era el hombre serio y prudente que aparentaba ser.

Arrastrado al vértigo de los viajes por esta mujer desenvuelta y excéntrica, Henry se libera de sí mismo, de todos los prejuicios y ataduras del pasado, y renace a una vida nueva.

Para H. H. K.,  
que me ayudó más de lo que puedo expresar.

**PRIMERA PARTE**

## I

Yo tenía más de cincuenta años cuando conocí a mi tía Augusta. Fue en el funeral de mi madre. Cuando murió, mi madre tenía casi ochenta y seis años y mi tía era unos once años menor. Yo había dejado el banco dos años antes, con un buen retiro y un apretón de manos gratificador. Al hacerse cargo el Westminster de la institución, habían resuelto que mi sucursal era superflua. Todos me felicitaron por mi buena suerte, pero me resultó difícil llenar mi tiempo libre. No soy casado, he vivido siempre con mucha tranquilidad y no tengo ningún pasatiempo que me absorba, salvo mi interés por las dalias. Por estos motivos me sentí gratamente estimulado por el funeral de mi madre.

Hacía más de cuarenta años que mi padre había muerto. Era un hombre de naturaleza letárgica, contratista de obras, que solía dormir la siesta en toda clase de lugares insólitos. Esto irritaba a mi madre, mujer enérgica que salía en su busca para sacudirlo. De niño, recuerdo haber entrado al cuarto de baño —entonces vivíamos en Highgate— para encontrar a mi padre dormido en la bañera, con la ropa puesta. Soy bastante miope: pensé que mi madre habría estado limpiando un abrigo, hasta que mi padre susurró: «Cuando salgas, echa el cerrojo por dentro». Era demasiado perezoso para despertarse y estaba demasiado soñoliento para comprender que su pedido era imposible de cumplir. En otra ocasión, cuando dirigía la construcción de un bloque de departamentos en Lewisham, solía echarse

sus buenas siestas en la cabina de la gigantesca grúa y las obras se interrumpían hasta que él despertaba. Mi madre, que ignoraba el vértigo, trepaba hasta los andamios más altos con la esperanza de encontrarlo, aunque lo más probable fuera que mi padre hubiese descubierto algún rincón en el sitio destinado a garaje subterráneo. Siempre los consideré como una pareja razonablemente feliz: sus respectivos papeles de cazador y de presa les sentaban, sin duda, porque en mis primeros recuerdos mi madre ya había adquirido una permanente actitud alerta y andaba con un trocillo cauteloso que la asemejaba a un perro de caza. Espero que se me excusen estos recuerdos del pasado: es natural que surjan por sí solos durante un funeral, cuando tiene uno tanto tiempo para pensar...

Aunque no eran muchos los asistentes a la ceremonia, que tuvo lugar en un célebre crematorio, había en la atmósfera la agitación provocada por esa expectativa que nunca se siente frente a una tumba. ¿Se abrirían las compuertas? ¿No se atascaría el ataúd en su camino a las llamas?

Detrás de mí oí una voz clara y frágil que decía:

—Una vez presencié una cremación prematura.

Con cierta dificultad, reconocí a la anciana que había hablado por una fotografía del álbum familiar: era mi tía Augusta. Había llegado tarde, vestida como se hubiese vestido la difunta reina Mary, que Dios tenga en su gloria, si aún hubiese estado entre nosotros y se hubiera adaptado un poco a la moda actual. Me sorprendieron su brillante cabellera pelirroja, recogida en un cúmulo monumental, y sus dos grandes dientes delanteros, que le daban un vital aire de Neanderthal. Alguien chistó y un sacerdote inició una plegaria que, según creo, compuso en ese mismo instante.

Nunca la había oído en ningún funeral, aunque asistí a muchos en mis buenos tiempos: un gerente de banco tiene la obligación de presentar sus últimos respetos a todo antiguo cliente que no esté en la lista negra, como decimos los bancarios. Y por otro lado, siento una gran debilidad por

las ceremonias fúnebres. En ellas, por lo general, la gente ofrece su mejor imagen: seria, digna, optimista en cuanto al dilema de la inmortalidad personal.

El funeral de mi madre transcurrió sin tropiezos. Con buen sentido de la economía, retiraron las flores del ataúd, que se deslizó hasta desaparecer de nuestra vista cuando alguien apretó un botón. Después, en la turbia luz de la mañana, recibí una serie de apretones de manos de sobrinos, sobrinas y primos que no había visto durante años y no podía identificar. Me habían indicado que debía esperar las cenizas y así lo hice, mientras la chimenea del crematorio humeaba suavemente en lo alto.

—Tú has de ser Henry —dijo tía Augusta, observándome atentamente con sus ojos de un azul profundo como el mar.

—Sí. ¿Y tú eres tía Augusta?

—Hace mucho que no veía a tu madre —me dijo tía Augusta—. Espero que haya tenido una muerte apacible.

—Oh, sí, tú sabes... a su edad. Un paro cardíaco. Murió de vejez.

—¿Vejez? Era apenas doce años mayor que yo —dijo tía Augusta en tono acusador.

Dimos un breve paseo por el jardín del crematorio. El jardín de un crematorio se parece a un jardín de verdad casi tanto como un campo de golf a un paisaje genuino. El césped es demasiado uniforme y los árboles se yerguen con excesiva rigidez, como en un desfile. Y las urnas recuerdan las cajitas con arena donde se colocan las pelotas de golf.

—Dime: ¿sigues en el banco? —preguntó tía Augusta.

—No; me retiré hace dos años.

—¿Te retiraste? ¡Un hombre joven como tú! Dios santo: ¿qué haces con tu tiempo?

—Cultivo dalias, tía Augusta.

Se volvió con aire mayestático, como sacudiendo un imaginario polisón.

—¡Dalias! ¡Qué habría dicho tu padre!

—Sé que no le interesaban las flores. Siempre pensó que un jardín era un desperdicio de espacio. Calculaba cuántos dormitorios habría puesto en el lugar, uno sobre otro. Le gustaba mucho dormir...

—Si necesitaba dormitorios, no era solo para dormir —dijo mi tía con una rudeza que me sorprendió.

—Dormía en los sitios más insólitos. Recuerdo que una vez lo descubrí en el cuarto de baño...

—En los dormitorios hacía otras cosas, además de dormir... —insistió mi tía—. Tú eres la prueba.

Empecé a entender por qué mis padres veían tan poco a tía Augusta. Tenía un temperamento que mi madre no debía aprobar. Mi madre no era en modo alguno una puritana, pero exigía que todo se hiciera o dijera en el momento adecuado. Durante las comidas, había que hablar de comida. Quizá del precio de los alimentos. Si íbamos al teatro, en los intervalos hablábamos de la obra, o de otras obras. Durante el desayuno, hablábamos de las noticias. Si la conversación se desviaba, era muy hábil para guiarla de nuevo al cauce requerido. Solía decir esta frase: «Querido, este no es el momento...». Me sorprendí pensando, con la misma falta de ambages de tía Augusta, que quizá hablara del amor en los dormitorios. Por eso no podía soportar que mi padre durmiera en lugares insólitos. Y cuando empecé a interesarme en las dalias, solía advertirme que no pensara en ellas durante las horas de banco.

Cuando mi tía y yo terminamos nuestro paseo, las cenizas ya estaban listas. Había elegido una urna muy clásica, de acero negro. Hubiese querido cerciorarme de que no había error, pero me entregaron un envoltorio muy bien hecho, con papel madera y sellos de papel rojo que me recordaron un regalo de Navidad.

—¿Qué harás con eso? —preguntó tía Augusta.

—Pensé ponerla sobre un pequeño pedestal, entre mis dalias.

—El lugar estará medio pelado, durante el invierno...

—No se me había ocurrido. Puedo llevarla adentro, durante esa estación.

—Afuera y adentro... Me parece que mi hermana no descansará en paz.

—Lo pensaré.

—¿No te has casado, verdad?

—No.

—¿Tienes hijos?

—No, desde luego.

—¿Y quién heredará a mi hermana? Yo moriré antes que tú, sin duda.

—No se puede pensar en todo al mismo tiempo.

—Podrías dejarla aquí —dijo tía Augusta.

—Pensé que quedaría bien entre las dalias —dije con obstinación: me había pasado todo el día anterior dibujando un plinto sencillo y de buen gusto.

—*A chacun son goût* —dijo mi tía, con tan buen acento francés que me sorprendió: nunca había considerado muy cosmopolita a mi familia.

Frente a la puerta del crematorio, preparé mi despedida y dije, pensando en el jardín que me esperaba:

—Bueno, tía Augusta, hacía tantos años que no nos veíamos... Espero que...

Había dejado la cortadora de césped afuera y sin cubrir, y las nubes grises que corrían por el cielo insinuaban la posibilidad de lluvia.

—Me gustaría mucho que algún día fueras a Southwood a tomar una taza de té conmigo.

—En este momento preferiría algo más fuerte y más tranquilizador. No es cosa de todos los días esto de ver a una hermana entregada a las llamas. Como la Pucelle.

—No te entiendo...

—Juana de Arco.

—En casa tengo un poco de jerez, pero queda bastante lejos y quizá...

—Mi departamento está al norte del río —dijo tía Augusta con resolución— y tengo allí todo lo que se necesita.

Sin esperar mi consentimiento llamó un taxi. Ese fue el primer día que pasamos juntos y, ahora que lo pienso, quizá el más memorable.

## II

**N**o me había equivocado en mi pronóstico meteorológico. De las nubes grises pronto empezó a caer lluvia y yo me sumí en mis preocupaciones personales. En las calles brillantes, la gente abría los paraguas y se refugiaba en los umbrales de *Burton*, las *United Dairies*, las *Mac Fisheries* o el *ABC*. Por algún motivo, la lluvia me hace pensar en los domingos.

—¿En qué piensas? —preguntó tía Augusta.

—Qué tonto he sido. He dejado afuera, en el jardín, la cortadora de césped, sin cubrirla siquiera...

Mi tía no pareció conmoverse.

—Pues deja de pensar en tu cortadora. Es curioso que solo nos encontremos en las ceremonias religiosas. La última vez que te vi fue durante tu bautismo. No me invitaron, pero de todos modos fui. Como el hada perversa —agregó, con una risa cascada.

—¿Por qué no te invitaron?

—Sabía demasiado. Sobre ellos dos. Recuerdo que tú estabas demasiado quieto. No te desgañitaste. ¿Estará ese hombre ahí, todavía? No confunda el *Place* con el *Square* —agregó, dirigiéndose al conductor—, el *Crescent* o los *Gardens*. Yo vivo en el *Place*.

—No sabía que estuvieran distanciados... Tu fotografía seguía en el álbum de familia.

—Solo para salvar las apariencias.

Y después de un suspiro que levantó una nubecilla de polvo perfumado:

—Tu madre era una mujer muy santa. Se merecía un ataúd blanco. La Pucelle —repitió.

—No veo la semejanza. Pucelle significa... bueno, para decirlo abiertamente, yo estoy aquí, tía Augusta.

—Sí. Pero tú eres hijo de tu padre, no de tu madre.

Esa mañana, la idea del funeral me había animado y hasta alborozado. De no haber sido el funeral de mi madre, lo habría tomado como un cambio favorable en la rutina cotidiana de mi retiro. Además, me había hecho recordar con agrado los viejos días del banco, cuando acudía para dar el postrero adiós a tantos clientes admirables. Pero nunca habría previsto un cambio tal como el que mi tía acababa de anunciar con absoluta naturalidad. Se dice que un sobresalto puede curar el hipo y también provocarlo. Hipé una pregunta incoherente.

—He dicho que tu madre *oficial* era una santa. ¿Entiendes? La muchacha no quiso casarse con tu padre, que estaba ansioso (si en este caso puedo usar un término tan enérgico) por hacer las cosas bien. De modo que mi hermana la encubrió casándose con él. Tu padre era fácil de convencer. Después, mi hermana fue rellenándose durante meses con almohadones progresivos. Nadie sospechó nada. Hasta llevaba los almohadones en la cama. Y cuando tu padre intentó una vez hacer el amor con ella (después del casamiento, pero antes de que tú nacieras), se sintió tan ofendida que aun después de nacer tú siguió negando a su marido lo que la Iglesia llama sus derechos. Y de todos modos, él no era hombre de exigirlos.

Me recosté, hipando, en el asiento del taxi. No habría podido hablar, aunque lo hubiese intentado. Recordé aquellas persecuciones por los andamios. ¿Las habrían provocado los celos de mi madre o el temor de verse obligada a pasar otros tantos meses rellena con un juego de almohadones?

—No, esos son los *Gardens* —dijo mi tía al conductor del taxi—. Se lo advertí: vivo en el *Place*.

—¿Giro a la izquierda, señora?

—No, a la derecha. A la izquierda está el *Crescent*. No deberías tomarlo de ese modo, Henry —agrego tía Augusta, volviéndose hacia mí—. Mi hermana... tu madrastra (quizá deberíamos convenir en llamarla así) era una persona muy noble, a decir verdad.

—¿Y mi... hip... padre?

—Una buena pieza. Como casi todos los hombres.

—No creo... hip... lo mismo.

—Lo veremos con el tiempo. Eres el hijo de tu padre. El mejor modo de curarte ese hipo es beber por el lado opuesto de un vaso. Puedes imitar el vaso con la mano. El líquido no es parte esencial de la cura.

Aspiré hondo y después de exhalar el aire, pregunté:

—¿Quién era mi madre, tía Augusta?

Pero mi tía ya se había apartado del tema y hablaba con el conductor:

—No, no, hombre. Este es el *Crescent*.

—Usted dijo a la derecha, señora.

—Discúlpeme, entonces; el error ha sido mío. Nunca estoy muy segura de cuál es la izquierda y cuál la derecha. En cambio, siempre recuerdo cuál es babor, a causa del color: el rojo significa izquierda. Debió usted girar a babor, no a estribor.

—Qué se cree usted: yo no soy marinero, señora.

—No se preocupe. Dé usted la vuelta y haga de nuevo el camino. Asumo toda la responsabilidad.

Llegamos frente a un bar.

—Si al menos me hubiese dicho que era el *Crown and Anchor*, señora —exclamó el conductor.

—Henry, si pudieras interrumpir un momento ese hipo... —dijo mi tía.

—¿Hip? —pregunté.

—El taxímetro marca seis con seis —dijo el conductor.

—Entonces dejemos que marque siete chelines —contestó tía Augusta—. Antes de seguir adelante, Henry, quizá debería advertirte que en mi caso un ataúd blanco habría sido totalmente inadecuado.

—Pero-tú-nunca-te-casaste —dije velozmente, para adelantarme al hipo.

—Durante los últimos sesenta años, y aun más, casi siempre he tenido un amigo —dijo tía Augusta—. Los años, Henry, pueden modificar un poco nuestras emociones —agregó, quizá al ver mi aire incrédulo—, pero no las destruyen.

Ni siquiera esas palabras me prepararon convenientemente para lo que después descubrí. Desde luego, la vida en el banco me había enseñado a no sorprenderme ni siquiera ante un pedido de crédito alarmante; y siempre me había impuesto la norma de no exigir ni escuchar explicaciones. El nuevo crédito se concedía o se negaba según el crédito anterior del cliente. Si el lector piensa que mi carácter es algo estático, debe tener en cuenta el largo condicionamiento de mi carrera en el banco, antes de retirarme. Pero según habría de descubrir, mi tía no había sido condicionada por nada, y no parecía dispuesta a agregar más explicaciones a las que ya me había dado.

## III

**E**l *Crown and Anchor* estaba construido como un banco de estilo georgiano. Por las ventanas vi a unos hombres de bigotes exagerados y chaquetas de *tweed* con un tajo atrás, como las de los jinetes, reunidos en torno a una muchacha con pantalones de montar. No pertenecían al tipo de individuo a quien yo habría concedido mucho crédito y dudo que cualquiera de ellos, salvo la muchacha, hubiese montado alguna vez un caballo. Todos bebían cerveza y me dieron la impresión de que gastaban todo el dinero que ahorraban en sastres y peluqueros, más que en la equitación. Una larga experiencia con mis clientes me ha hecho preferir un andrajoso bebedor de *whisky* a un elegante aficionado a la cerveza.

Entramos por una puerta lateral. El departamento de mi tía estaba en el segundo piso; en el primero había un pequeño sofá que, según me enteré luego, mi tía había comprado para poder descansar un rato durante las subidas. Era típico de su naturaleza eso de comprar un sofá que apenas cabía en el pasillo, en vez de una silla para una sola persona.

—Siempre descanso un rato aquí. Ven, siéntate conmigo, Henry. La escalera es empinada, aunque quizá no te lo parezca, a tu edad.

Me miró con aire crítico:

—Por cierto que has cambiado mucho desde la última vez que te vi, aunque no tenías mucho más pelo...